

así como si su aportación ayuda a iluminar el misterio de la salvación. Una vez establecidos esos puntos, la tercera parte se dirige a comprobar si el espíritu así comprendido da cuenta de lo que constituye la trama de la vida humana hasta su destino final. En las tres partes descritas, MB examina las cuestiones claves de la antropología de Lubac: la naturaleza del espíritu humano, el deseo natural de ver a Dios, la libertad y el destino, la unidad del espíritu, la persona, etc.

Las conclusiones de MB muestran la originalidad, catolicidad y fecundidad teológica y apostólica de la antropología del cardenal de Lubac. Estas conclusiones están fundadas en un estudio impresionante tanto de los textos del teólogo como de otros autores relacionados con él, tanto si se trata de influjos que recibió como de los que pudo ejercer.

A pesar de la calidad de este trabajo, parece inevitable completar la perspectiva asumida por el autor con otra que tome en consideración el desarrollo histórico de las ideas de de Lubac. Por un lado, el método sincrónico seguido por MB tiene como fundamento la coherencia de un pensamiento y la fecundidad de ideas que contienen en germen desarrollos posteriores que, en cierto modo ya se podían considerar presentes en aquellas. Pero no se debe minusvalorar el influjo que acontecimientos determinados, así como el mayor conocimiento de las cosas tienen en la formulación del pensamiento de un autor. Esto sucede también con la antropología de Henri de Lubac. Aunque siempre reclamó la unidad de su pensamiento, es innegable que hechos como la *Humani generis*, la experiencia de su separación de la enseñanza, el mismo conocimiento del hombre que le proporcionaban acontecimientos como la guerra mundial, o su vivencia del concilio Vaticano II suponen aportaciones que van más allá de lo accidental también en lo que se refiere a su concepción antropológica.

Tiene razón, sin embargo, el autor cuando afirma que el estudio de la génesis y desarrollo de las ideas del teólogo lyonés sobre el hombre sería una investigación distinta a la que él se propuso en esta obra.

César IZQUIERDO

Fernando OCÁRIZ, Lucas F. MATEO-SECO y José Antonio RIESTRAS, *El misterio de Jesucristo*, EUNSA («Manuales de Teología», 13), Pamplona 2004, 567 pp., 16 x 23, ISBN 84-313-2199-7.

En 1991 los profesores Lucas F. Mateo-Seco, de la Universidad de Navarra, y Fernando Ocariz y José Antonio Riestra, de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, prepararon, en colaboración, un manual de cristología que se

publicó con el título *El misterio de Jesucristo*. La obra tuvo buena acogida, por lo que conoció pronto una segunda edición; ahora, revisada y ampliada, se publica de nuevo, incluyéndola en la colección de manuales que promueve la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra.

En el prólogo con que presentaban la edición de 1991 los autores hacían suyos los objetivos clásicos de todo manual dirigido a quienes afrontan, en el contexto de los estudios institucionales, la consideración del misterio de Cristo, lo que exige —fueron sus palabras— «tratar sistemáticamente todos los aspectos importantes y, a la vez, prescindir de otros», selección —advierten— no siempre fácil. La tercera edición no reproduce ese prólogo, sino que incluye uno nuevo en el que se pone el acento, de una parte, en la necesidad de seguir una metodología que una la atención a la historia con la perspectiva metafísica, sin la que no se es dado alcanzar un verdadero *intellectus fidei*. Y, de otra, en la necesidad de que el rigor científico, imprescindible en la labor teológica, se despliegue evitando toda tentación racionalista y, en consecuencia, abriéndose a las dimensiones espirituales y contemplativas.

Una lectura del libro pone de manifiesto que el principio señalado en el prólogo de la primera edición continúa aplicándose, pero introduciendo cambios tanto estructurales como expositivos, que, aun conservando la orientación general del tratado, implican una modificación profunda de su fisonomía. En realidad, el texto que ahora se publica trasciende el concepto de «nueva edición» para acercarse más bien al de «libro nuevo». Pero, prescindiendo a partir de ahora de toda comparación entre ediciones —tarea que resultaría farragosa y no demasiado útil—, concentremos la atención en la obra recién editada.

El tratado no está dividido en partes o secciones, sino sólo en capítulos —diecinueve en total—, no meramente yuxtapuestos, sino ordenados siguiendo una estructura que implica, a nuestro juicio, los siguientes pasos o, acudiendo a otra metáfora, un atrio y tres amplias salas:

a) comienza, en efecto (capítulo primero), con una introducción que aspira a dos objetivos: situar la cristología dogmática en el contexto de los estudios teológicos; trazar un balance de la investigación histórica sobre Jesús de Nazaret, desde la *old quest* (desde Reimarus a Schweitzer) hasta la *third quest* contemporánea;

b) superadas ya las consideraciones introductorias, se procede a una primera aproximación a la figura de Cristo adoptando para ello una perspectiva económica, es decir, situando a Cristo en el contexto de la historia de la salvación, partiendo desde los albores de la humanidad hasta llegar a Cristo mismo, centro y fin de la historia (capítulos dos a cuatro);

c) en conformidad con la necesidad de unir la perspectiva histórico-narrativa con la teológico-metafísica la obra prosigue desarrollando una profundización en la realidad de Cristo, hijo de Dios hecho hombre, en la que la consideración de la historia del dogma —siempre muy cuidada y detenida—, desde los primeros tiempos al II Concilio de Nicea, se une a la reflexión especulativa, hasta conducir a un estudio de la unión hipostática y de las cuestiones y problemas introducidos por el concepto moderno —es decir, postcartesiano— de persona, y concluir con el análisis de la santidad y la ciencia de Cristo (capítulos cinco a doce);

d) cumplida esa parte del itinerario, y dando por sentados los resultados que se han alcanzado —es decir, la realidad divino-humana de Jesús—, se procede a un estudio de Cristo como salvador, que comienza con una presentación general de Cristo como mediador entre Dios y los hombres, para pasar a un análisis de los misterios de la vida de Jesús y detenerse en el triduo pascual —es decir, en la pasión, muerte y resurrección de Cristo— en cuanto causa de la salvación del hombre, liberándolo del pecado y reconciliándolo con Dios Padre, para concluir con la consideración de Cristo resucitado y subido a los cielos, cabeza de la Iglesia y señor de la historia (capítulos trece a diecinueve).

La descripción realizada pone de manifiesto que la obra acoge la distinción clásica entre cristología y soteriología, pero evitando toda separación neta; más aún, subrayando la implicación entre ambas perspectivas. De ahí, probablemente, que se haya prescindido de toda rígida separación en partes, y, en todo caso, el hecho de que se procure en todo momento poner de manifiesto la conexión entre las perspectivas metafísicas y las existenciales.

El lenguaje con que está escrita la obra es denso —las cuestiones tratadas así lo reclaman—, pero ágil y claro. La exposición se sigue con facilidad y el lector va siendo introducido paulatinamente en los problemas de fondo. Además de las referencias bibliográficas que se hacen a pie de página, cada capítulo se cierra con algunas indicaciones bibliográficas bien seleccionadas a las que se añade, ya al final del libro, un amplio elenco bibliográfico (pp. 527-543). Dos índices, uno de citas bíblicas y otro onomástico, completan la obra.

Los autores dan muestras de conocer a fondo la problemática contemporánea, tanto la exegética como la teológico-especulativa. No rehuyen, por lo demás, ninguna de las cuestiones difíciles o conflictivas, desde las relacionadas con el desarrollo de la investigación histórica sobre figura de Jesús, hasta las implicaciones, ya mencionadas, del concepto moderno de persona, las instancias suscitadas en torno al sufrimiento o dolor de Dios en Cristo o el debate sobre las dimensiones cristianas y humanas —mejor, histórico-temporales— de la liberación, por citar algunos ejemplos más significativos.

Se trata, en suma, de un buen manual, en el que los autores se manifiestan interesados no tanto por desarrollar sus planteamientos personales, cuanto por poner al alcance del lector una buena información sobre el conjunto de las cuestiones de la cristología. En coherencia con la preocupación por la dimensión especulativa manifestada en el prólogo, aunque la información sea amplia no proceden de forma meramente erudita, por lo que los autores no vacilan en tomar posición, cuando lo estiman oportuno, ofreciendo —siempre con estilo y tono académicos— elementos en orden a la valoración de las cuestiones que exponen y, en consecuencia, a la tarea de reflexión personal a la que el libro —como todo tratado de nivel institucional— aspira a introducir.

José Luis ILLANES

Joseph RATZINGER y otros, *Escritura e interpretación. Los fundamentos de la interpretación bíblica*, Ed. Palabra («Libros Palabra», 42), Madrid 2003, 204 pp., 14 x 22, ISBN 84-8239-803-2.

El volumen, que es una recolección de artículos significativos acerca del estatuto de la exégesis católica de la Biblia, es análogo a otros publicados en los años pasados en Italia y Francia con el título genérico: la exégesis cristiana, hoy. Los editores castellanos —Luis Sánchez Navarro y Carlos Granados— recogen dos artículos de Ratzinger y de la Potterie presentes en esas recopilaciones y cambian los restantes por otros que juzgan más significativos para el *status quaestionis* que en el fondo quieren trazar. Al final añaden tres índices útiles para el lector: uno de los documentos magisteriales citados, otro de los autores mencionados y otro de las materias tratadas. Una mirada rápida a este último índice nos hace ver que las entradas con mayor número de referencias son: Revelación, Inspiración, Tradición, Iglesia, hermenéutica, exégesis, métodos y crítica, es decir, los temas que se refieren de alguna manera al carácter de Palabra de Dios de la Sagrada Escritura, y, en relación directa con ello, los que se refieren a la interpretación de la Biblia.

Que la Biblia es palabra humana es algo evidente, no hay más que abrirla; que es Palabra de Dios forma parte de la confesión de la fe. Más precisamente, lo que la fe confiesa es que es verdaderamente palabra humana y Palabra de Dios al mismo tiempo. La reflexión sistemática sobre este carácter peculiar de los libros sagrados nace a finales del siglo XIX, cuando el racionalismo niega su dimensión como Palabra de Dios. Ahora bien, falta todavía ahora una exposición teológica del ser de la inspiración compartida por los investigadores y convincente en todos sus extremos. De ahí que, como ya apuntaba